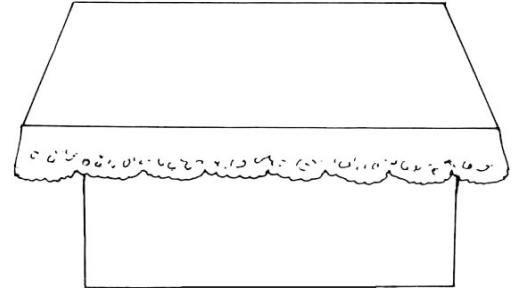


9.3. LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

De la Palabra se pasa al Sacramento. La comunidad en un momento de calma dispone la mesa y el corazón. Es el momento de iniciar la segunda gran Mesa de la celebración, el segundo gran momento: la Mesa Eucarística, llamada altar. Este momento, llamado Liturgia de la Eucaristía o solamente Liturgia Eucarística, quiere alimentarnos de Dios a través de su Cuerpo y su Sangre, es decir, de Dios mismo.

Preparamos una nueva mesa, y nuestra atención está en el altar. Allí se dispondrán los dones, se prepara la ofrenda y posteriormente, por las palabras del Sacerdote que son las mismas que utilizó Jesús en la última Cena, y por la acción del Espíritu Santo, se hará presente el Señor.



El pan y el vino se transubstan (transforman, convierten) en Dios verdadero. Es el mismo Jesús que nació hace dos mil años de María Virgen, quien ahora está delante de nosotros. Su presencia sacramentada, engaña todo nuestro ser, porque vemos, olfateamos, gustamos y palpamos dones de pan y vino. Pero sabemos que realmente, después de la consagración, ya no son más pan y vino, sino que son nuestro Señor.

Queremos que el Señor venga a alimentarnos para darnos vida, para fortalecer nuestro espíritu, para hacernos parte de Él.

- Ofertorio (presentación de los dones)

Es la preparación del altar y del ofrecimiento del Pan y Vino, como símbolos de todo el universo y del trabajo de los hombres. Otra razón, y la más importante por la que se usa Pan y Vino es porque fue lo que usó Jesús en la Última Cena, cuando instituyó la Eucaristía.

En este momento la comunidad toma asiento y acompaña con el canto esta ofrenda. El sacerdote extiende sobre el altar un pequeño mantel blanco llamado Corporal sobre el cual se colocan las ofrendas: estas son el Cáliz con el Vino y la Patena con la Hostia.

Es bueno dejar en claro que la preparación del altar también puede ser realizada por un diácono. Toda esta parte de la Misa, y hasta el inicio del Rito de Comunión sólo puede presidirla un sacerdote. En el caso de la ausencia de este y cuando el diácono (o un ministro) sea quien presida alguna celebración, debe pasar al Rito de Comunión. El nombre que recibe la celebración, entonces, es una Liturgia de la Palabra o Liturgia Eucarística, pero NUNCA la Santa Misa.



También en este momento se presenta la ofrenda de la comunidad, que es fruto del esfuerzo del trabajo, ofrenda que se representa en dinero. Este es como acción de gracias por todos los beneficios brindados por Dios a los hombres.

OFRENDA DEL PAN: El sacerdote al levantar la patena con la hostia, lo hace para ofrecer a Dios lo que después será el Cuerpo de Jesús. En este ofrecimiento el sacerdote reza (en voz alta si no hubiera canto) la siguiente oración: *“Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora Te presentamos: él será para nosotros pan de vida”,* respondiendo el pueblo: *“Bendito seas por siempre, Señor”.*

Junto con el Pan, presentamos nuestras buenas acciones que hemos hecho durante la semana.

OFRENDA DEL VINO. Con la ofrenda del vino, presentamos a Dios nuestras faltas cometidas.

Antes de levantar y ofrecer el vino, el sacerdote le agrega unas gotas de agua al vino, lo que representa a cada uno de nosotros. Esto quiere decir que nosotros participamos del sacrificio de Cristo.

Al poner agua en el cáliz, el sacerdote dice: *“El agua unida al vino, sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana”*.

Las gotas de agua en el cáliz simbolizan la participación de nuestra naturaleza humana con la naturaleza divina de Cristo.

Estas gotitas de agua junto con el vino, al transformarse en la sangre de Cristo, nos limpian de nuestras faltas.

En el ofrecimiento del vino, al igual que el ofrecimiento del pan, el sacerdote reza la siguiente oración: *“Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora Te presentamos: él será para nosotros bebida de salvación”*. Entonces, nuevamente el pueblo responde: *“Bendito seas por siempre, Señor”*.

Después de la presentación de las ofrendas, el sacerdote se inclina (generalmente juntando las manos), y dice en secreto: *“Acepta, Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que éste sea hoy nuestro sacrificio y que sea agradable en tu presencia, Señor Dios Nuestro”*.

En algunas Misas más solemnes, cuando se ocupa incienso, en este momento, es decir, una vez ofrecidos el pan y el vino, pero antes de proceder a lavarse las manos, el sacerdote incienso las ofrendas, indicando que la oblación de la Iglesia y su oración suben al trono de Dios. Además, se incienso el Altar, en donde se realiza el Sacrificio de la Misa. Algunas veces el sacerdote y los fieles también son incensados; esto constituye un sacramental.

Inmediatamente procede a lavarse las manos y dice: *“Lávame, Señor, de mis culpas y que quede yo limpio de todo pecado”*. Al decir estas palabras, está pidiendo a Dios que limpie su corazón y purifique su alma para celebrar el sacrificio de Cristo.

A continuación, el sacerdote nos recuerda que el sacrificio de la Misa es ofrecido por todos, dice: *“Oren, hermanos, para que este sacrificio, mío y de ustedes, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso”*. Todos los presentes responden: *“El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de su Nombre, para nuestro bien y el de toda su Santa Iglesia”*.

Terminado esto, el sacerdote invita a rezar una oración que se llama Oración sobre las Ofrendas, con la cual se prepara la oración o plegaria eucarística.

- Plegaria Eucarística y Consagración.

Es el punto central y culminante de la celebración. Esta es una Plegaria de acción de gracias y de consagración. Es bendición a Dios y alabanza llena de admiración al Señor por la obra de la salvación. Con las palabras y acciones de Cristo, se renueva la última cena en la cual él instituyó el Sacramento de su Pasión y Resurrección, la alianza nueva y eterna.

La plegaria eucarística (llamada “anáfora” por los orientales y “canon” en la liturgia romana) es un gran diálogo de oración con Dios. Además NO es propiamente un conjunto de oraciones, sino una sola oración, un todo, compuesto de los siguientes elementos:

- Prefacio:

La Iglesia da gracias al Padre, por Cristo en el Espíritu Santo, por todas sus obras, por la creación, por la redención y la santificación.

Esta es una gran oración de alabanza, de acción de gracias; y es la oración más hermosa que el hombre puede dirigir a Dios.

Al iniciar el prefacio, el sacerdote (S) comienza con un saludo, al cual el pueblo (P) va respondiendo:

S. *El Señor esté con ustedes*

P. *Y con tu espíritu.*

S. *Levantemos el corazón*

P. *Lo tenemos levantado hacia el Señor.*

S. *Demos gracias al Señor, nuestro Dios*

P. *Es justo y necesario.*

Es en ese saludo donde la comunidad nuevamente debe ponerse de pie. Y el sacerdote continúa el prefacio: “En verdad es justo y necesario...”. El prefacio termina con una aclamación: *el canto del Santo*.

- **El Santo:**

Con este culmina el prefacio y nos unimos así a la alabanza que hace la Iglesia celestial, con los Ángeles y Santos, cantando tres veces: “*Santo, Santo, Santo es el Señor*”.

En este momento, con este canto de alabanza, se une el Cielo y la Tierra, cantando al Señor un himno de Gloria.

Es el canto más importante de la Santa Misa, ya que en este nos unimos todos a cantar junto con los Santos y los Ángeles.



- **Primera Epiclesis:**

Es una invocación o llamado al Espíritu Santo para que consagre el Pan y el Vino. En este momento todos deben ponerse de rodillas, cuando el sacerdote extiende las manos sobre el cáliz y la hostia, ya que en ese momento el sacerdote por medio de la Iglesia pide a Dios Padre que envíe su Espíritu Santo sobre el pan y el vino, para que los transforme en Cuerpo y Sangre de Cristo.

El sacerdote cuando extiende las manos sobre las ofrendas, dice: “*Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad: por eso te pido que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo nuestro Señor*” (oración eucarística II).



En este momento Jesús se hace presente por fuerza del Espíritu Santo para quedarse con nosotros como alimento para darnos su vida.

- **Relato de la Institución:**

La Eucaristía fue instituida por Jesús en la Última Cena, cuando celebró la Pascua con sus apóstoles. Todos los presentes somos invitados a revivir en forma sacramental ese momento.

El sacerdote que repite las Palabras de Jesús representa a Cristo mismo. El Señor se hace presente bajo la forma de pan y vino, ofreciéndose a Dios Padre por nuestra salvación, y por este modo, hacemos una sola ofrenda con Él.

En cada Misa presenciamos nuevamente el ofrecimiento de Jesús al Padre, se reactualiza el ofrecimiento de Cristo por cada uno de nosotros. Esto ocurre cuando el sacerdote pronuncia las siguientes palabras: “*El cual, cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada, tomó pan, dándote gracias lo partió y lo dio a su discípulos diciendo...*”. Es por ello que hoy cada uno de nosotros somos uno de sus discípulos.

- **Consagración del Pan:**

Cuando el sacerdote repite las Palabras que dijo Jesús para consagrar el pan, Jesús se hace presente en la Hostia Consagrada.

El milagro de la consagración se produce cuando el sacerdote dice: “**Tomad y comed todos de Él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros**”. En ese momento el sacerdote muestra la Hostia a la asamblea y luego, dejándola sobre la patena, la adora con una genuflexión.

El milagro que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, se llama **TRANSUBSTANCIACIÓN**, que es la conversión del pan en el Cuerpo de Jesús y del vino en su Sangre.

Cada vez que la Hostia Consagrada sea elevada, podemos pedir a Jesús que aumente en nosotros la fe, la esperanza y la caridad. En ese momento, muchos prefieren adorar a Cristo, diciendo: “*Señor mío y Dios mío, Señor mío y Dios mío*”.

- Consagración del Vino:

Después de consagrar el pan, el sacerdote toma en sus manos el cáliz con el vino y lo consagra por la fuerza del Espíritu Santo, convirtiéndolo en la Sangre de Jesús, y lo hace empleando las mismas palabras dichas por Jesús en la Última Cena.

Después de consagrar el pan, el sacerdote continúa diciendo: “***Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz, y dándote gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos diciendo: Tomad y bebed todos de Él, porque este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración Mía***”.

Cuando el sacerdote eleva el cáliz, adoramos la Sangre de Jesucristo, y al igual que en la elevación de la Hostia Consagrada, podemos pedir a Jesús que aumente en nosotros la fe, la esperanza y la caridad. En ese momento, muchos prefieren adorar a Cristo, diciendo: “*Señor mío y Dios mío, Señor mío y Dios mío*”.

Después de la consagración la Hostia es el Cuerpo de Jesucristo vivo y verdadero, con su Sangre, Alma y Divinidad. En el cáliz después de la consagración, está también todo entero Jesucristo.

Finalizada la consagración no quedan ni pan ni vino, sólo las apariencias: olor, color, sabor, forma, etc. Jesús que cambió al agua en vino (Jn 2) puede también cambiar el pan y el vino en su Cuerpo y su Sangre. Jesucristo está todo entero en todas y cada una de las partes de la Hostia, así como en todas las Hostias del mundo (aún siendo una parte muy diminuta, y casi imposible verla con la vista humana).

Al consagrar separadamente bajo las dos especies, se representa la Muerte de Cristo, en que su Sangre se separó del Cuerpo. También se representa la comida y bebida, que son alimento completo del cuerpo.

ACLAMACIÓN: La consagración culmina con una adoración a Cristo presente en el Altar, es una proclamación del misterio de nuestra fe. El sacerdote dice: “*Este es el sacramento de nuestra fe*”. En esta aclamación se contesta: “*Anunciamos tu muerte. Proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!*”.

Al finalizar esta aclamación la asamblea, que estaba de rodillas, puede volver a ponerse de pie, cuyo gesto acompaña la proclamación de la resurrección de Jesús. Algunas personas, voluntariamente, permanecen de rodillas hasta finalizada la doxología final (antes del Padre Nuestro).

- Anamnesis:

La Iglesia realiza el memorial del mismo Cristo, recordando principalmente su bienaventurada Pasión, su gloriosa Resurrección y ascensión a los cielos.

Anamnesis significa volver a la memoria, hacer presente algo que ocurrió tiempo atrás: “*Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la Pasión salvadora de tu Hijo, su admirable resurrección y ascensión al cielo, mientras esperamos su venida gloriosa...*” (Oración eucarística III).

Esta termina con nuestro agradecimiento a Dios por habernos regalado el don de la fe, y por permitirnos estar en su presencia: “*...esperamos su venida gloriosa, Te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo*” (O. E. III).

Otro ejemplo, el anamnesis en la oración eucarística II, es el siguiente: “*Así, pues, Padre al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo, Te ofrecemos, el pan de vida y el cáliz de salvación, y Te damos gracias porque nos has elegido para servir en tu presencia*”.

- Ofrenda del Sacrificio:

Cristo es la única ofrenda de la salvación. La Iglesia ofrece a su Hijo a Dios Padre. En este momento, Cristo está limpiando las faltas de nuestro corazón y nos vuelve a la amistad con Dios: *“Te ofrecemos, el pan de vida y el cáliz de salvación”* (O. E. II).

Ofrezcamos al Padre la víctima: *“Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad...”* (O. E. III). Lo que continúa ya es la segunda epiclesis.

- Segunda Invocación al Espíritu Santo:

Esta segunda epiclesis se realiza para que todos los que recibimos a Cristo formemos un solo espíritu. Continúa la oración iniciada en la ofrenda del sacrificio: *“...tu amistad, para que, fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos un solo cuerpo y un solo espíritu”* (O. E. III).

“Te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo” (O. E. II).

- Intercesiones Comunión con la Iglesia:

El sacerdote nos invita a unirnos en la oración con toda la Iglesia, haciendo peticiones por la Iglesia misma: El Papa, Obispos, por el clero, los fieles, y por los difuntos. En este momento toda la Iglesia se une en un solo corazón; se invita a todos los fieles a unirse en oración por los más necesitados de ella.

Oremos por nuestros Pastores: *“Acuérdate, Señor, de tu Iglesia extendida por toda la Tierra; y con el Papa N., con nuestro obispo N. y todos los pastores que cuidan de tu pueblo, llévala a tu perfección por la caridad”* (OEII)

Oremos por nuestros difuntos y por los necesitados espiritualmente: *“Acuérdate también de nuestros hermanos que durmieron en la esperanza de la resurrección, y de todos los que han muerto en tu misericordia; admítelos a contemplar la luz de tu rostro”* (O. E. II).

Oremos por nosotros, para gozar de Dios en el cielo en compañía de los Santos: *“Ten misericordia de todos nosotros, y así, con María, la Virgen Madre de Dios, los Apóstoles y cuantos vivieron en tu amistad a través de los tiempos, merezcamos por tu Hijo Jesucristo, compartir la Vida Eterna y cantar tus alabanzas”* (O. E. II).

- Doxología Final:

Aquí la Plegaria Eucarística resume la alabanza a Dios Padre.

El sacerdote, elevando el cáliz con la patena, los cuales contienen el Cuerpo y Sangre de Jesús, dice: *“Por Cristo, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos”*.

Con nuestro *“Amén”* nos unimos a la solemne alabanza de la Santísima Trinidad. Algunas veces, el coro canta un solemne Amén, en el cual todos debemos tomar parte de esta alabanza. Amén significa: así sea, ciertamente, yo me comprometo con esto.